con el licor suave y perfumado. Ramírez fué todo eso que Pimentel no llegó á ser: tribuno, orador parlamentario, catedrático, periodista.

Empero no se crea que faltan en absoluto entre las páginas de ese escritor, ni elegancia ni elocuencia. Varios de los pasajes que hemos reproducido en este estudio, comprueban plenamente lo contrario. Pimentel era un crítico que podríamos llamar didascálico, pues demostraba para enseñar convenciendo, fiel siempre á las doctrinas de las autoridades reconocidas por todos, en tanto que Ramírez, mejor que crítico, era un gran satírico que fiaba á su regocijado humorismo, rayano por lo común en incisiva y mordaz diatriva, el derrumbamiento de los ídolos que abominaba y la muerte de las leyendas y de los mitos. Ramírez tenía grandes puntos de contacto con Carlay, mientras que Pimentel parecía vaciado en el molde de Macauley. El primero, espíritu verdaderamente volteriano, ardía en ansias demoledoras, sin deseo de reconstruir nunca; de todo se burlaba, aparentaba no creer en nada. El segundo se recreaba en la verdad cuando creía haberla encontrado tras paciente labor. Y hay más todavía. Ramírez, sin escrúpulo, torturaba la verdad cuando así convenía al éxito que perseguía en una controversia, mientras que Pimentel nada decía ni afirmaba, sino severa, concienzudamente. Tan cierto es esto, que si Pimentel obtuvo memorable victoria sobre Ramírez al impugnar el discurso de éste sobre la poesía erótica de los griegos, fué entre otras razones, si no nos equivocamos, porque arrastrado el Nigromante por el prurito de no aparecer creyendo lo que de antaño se ha tenido por cierto, por no ser tenido por uno de tantos carneros de Panurgo, falseó por completo, á sabiendas sin duda, el carácter de la poesía helena,

como fácilmente lo reconocerá quien lea en el tomo tercero de la presente colección, la monografía literaria intitulada *Impugnación*, de la que ya en su lugar dimos noticia.[1]

Lo anterior, no pretendemos que sea tomado sino como el bosquejo de un paralelo entre los dos campeones del Liceo Hidalgo, bosquejo que por pluma más diestra que la del autor de este estudio preliminar, acaso se escriba algún día.

Concretándonos de nuevo á nuestro autor, vamos á reproducir lo que uno de sus biógrafos dijo al referirse al papel que representó en los trabajos del Liceo Hidalgo. Después de apuntar que los primeros años en que Pimentel figuró en la Sociedad de Geografía y Estadística, fueron una de las épocas de esplendor de esa corporación, debido en parte á que él desempeñó eficazmente muchas comisiones, sostuvo discusiones, presentó dictámenes y escribió artículos para el *Boletín* de la Sociedad, agrega: «Mucha mayor fué su influencia en el adelantamiento del Liceo Hidalgo: formó un nuevo reglamento, asistía puntualmente á las sesiones, sostuvo discusiones animadísimas, leyó dictámenes y disertaciones, contribuyó mucho á convocar concursos literarios y á que se celebrasen veladas en honra de nuestros escritores. A Pimentel, Ramírez, Barreda y otros miembros del Liceo se debe, en México, la casi extirpación del espiritismo, sistema que impugnaron victoriosamente en reuniones hasta de mil personas. Desde que Pimentel dejó la presidencia del Liceo Hidalgo, comenzó á decaer esta Sociedad, que hoy

1 Los que quieran formarse un criterio propio respecto al discurso del Sr. Ramírez, impugnado por Pimentel, pueden ver dicho discurso en el tomo 1º de las *Obras de Don Ignacio Ramírez*. México, 1889.

no existe más que de nombre. He aquí de la manera que se ha juzgado á Pimentel como orador del Liceo Hidalgo. El periódico *El Porvenir* dijo: «Uno de los oradores más distinguidos ha sido el actual Presidente del Liceo, el Sr. Pimentel, uno de nuestros más sabios filólogos: dotado de un talento claro y perspicaz, de una memoria feliz, reune á la severidad é ilustración de su juicio, una erudición verdaderamente asombrosa; examina con detenimiento y juzga con independencia, aunque á veces suele inclinarse al principio de autoridad; sin embargo, consagra un culto sublime á la ciencia y á la razón, únicas á quienes cree él dignas de conducir al hombre por el obscuro sendero de la vida; posee un estilo puro, castizo; su dicción, aunque algo precipitada y á veces repetida, es acentuada, expresiva y llena de persuación; sus discursos están sembrados de rasgos ingeniosos y delicados, tiene giros felices y ocurrencias graciosas y oportunas. Sencillo, afable, fino en su trato y en sus maneras, en las que se advierte una alta distinción, ha sabido conquistar las mayores simpatías del Liceo.»

Corren impresos varios de los discursos por Pimentel pronunciados en el Liceo; no todos, porque las penurias de la corporación no permitieron sino rara vez el empleo de taquígrafos, y está igualmente impresas dos disertaciones importantes, de las cuales no juzgamos indispensable hacer sino ligera mención, porque necesitamos reservarnos para tratar de su última producción, de la que ha sido más contradictoriamente juzgada: la *Historia crítica de la poesía en México.* Aquellas, es decir, las disertaciones, intitúlanse respectivamente: *Impugnación al discurso sobre la poesía erótica de los griegos, leída en el Liceo Hidalgo por el Sr. D. Ignacio Ramírez,* (1872), y *Disertación histórica acerca de la poetisa Safo,* leída en el mismo Liceo y publicada en «El Domingo.» [1] Ambos estudios figuran en el tomo tercero de estas Obras Completas y en ambos encontrará confirmadas las indicaciones que en el curso de esta «Noticia Preliminar» respecto á la erudición portentosa de Pimentel, á su exquisito sentido crítico y á las demás cualidades excelentes que realzan sus obras.

Por las referencias que en diversos pasajes de este estudio hemos hecho de la obra de que ahora vamos á dar noticia, así como de la «Advertencia preliminar» puesta por el autor al frente de la primera edición, se viene en conocimiento de que la primitiva idea de Pimentel fué escribir una Historia de la literatura mexicana; que renunció después á ese pensamiento por no tener á la mano todos los documentos necesarios y se redujo á formar un libro con el título de *Biografía y Crítica de los principales escritores mexicanos,* dividiendo el libro en dos partes, una relativa á los poetas y otra á los prosistas; que publicó varios de sus capítulos en diversos periódicos, y que cuando por causas que no hay por qué señalar, sus-

1 La rehabilitación de Safo ha sido intentada antes y después de Pimentel por numerosos escritores europeos, como lo ha sido también la de la misma Lucrecia Borgia. El último trabajo que sobre la materia conocemos, es uno, eruditísimo por cierto, publicado en Madrid en 1881 por Fernández Merino, y en cual trabajo,—hasta ocioso parece hacerlo notar,—no se hace alusión al de nuestro compatriota, publicado nueve años antes. En México procuramos conocer y estudiar las producciones europeas, hasta las que son meros escarceos literarios sin trascendencia ni utilidad real, como á nuestro parecer lo son esas lucubraciones encaminadas á rectificar las creencias generales respecto á la vida privada de ciertos personajes de la antigüedad. Pimentel incurrió en una debilidad, á nuestro juicio, al entrar en controversia con D. Alfredo Bablot, acerca de si fué ó no buena y casta la insigne poetisa griega, distrayendo así horas que habría empleado mejor en sus habituales estudios, graves y útiles.

pendió la publicación de aquellos capítulos, volvió á su anterior propósito una vez que hubo logrado reunir los datos necesarios, sacados especialmente de la biblioteca de su hermano político D. Joaquín García Icazbalceta.

Se ve, por esto, que con detenimiento y madurez fué escrita la *Historia crítica de la poesía en México* y que no es el fruto de pasajero entusiasmo, sino de una labor lenta y concienzudamente desempeñaba, lo cual la hace digna de estimación.

Siendo como es la primera y única que hasta ahora existe, de nuestra literatura, y estando fundada en los principios de la Estética y de la Crítica modernas, la Historia de que venimos tratando es, cualesquiera que sean las deficiencias ó errores que se le puedan atribuir, de inestimable precio y de inmensa utilidad para el presente y en lo porvenir.

Los autores primitivos,—y llamamos así no sólo á los antiguos sino también á los modernos, cuando éstos desempeñan una tarea antes no emprendida por otro alguno,—los autores primitivos, decimos, pueden al transcurrir del tiempo ser supeditados por los que detrás de ellos vienen, bien sea en la forma ó bien en el criterio que informa toda obra literaria; que en las ciencias y en las letras, como en todo, se operan cambios y transformaciones por ley fatal é ineludible. Los procedimientos empleados en una época, las doctrinas aceptadas como mejores, son las más de las veces reemplazadas por otras; á las minucias y documentación del escritor analítico les da de mano el sintético, porque la síntesis se presta más á la generalización de las ideas, sobre todo, en nuestros días en que la vida se simboliza en lo que es fugaz, en lo que absorbe menos tiempo la atención, cual si la humanidad no caminara sino la arrebatara un torbellino en medio del cual, ni el pensamiento puede reflexionar, ni el oído percibir sino harmonías fugitivas, ni los ojos recrearse largamente en la contemplación de lo bello. Pero por más que todo esto sea así, los escritores que hemos llamado primitivos son forzosamente el punto de partida, el acervo de los que llegaron ó llegarán después de ellos, y si estos últimos profesan la honradez literaria,—que en todo hay ó falta honradez,—tienen que declararse deudores de aquellos sin cuyas informaciones acaso no habrían emprendido tarea alguna; y observaremos de paso que precisamente los libros que esas informaciones proporcionan, son el producto de largas y penosas vigilias que muy contados ingenios son capaces de soportar.

En punto á una historia literaria, nacional, nadie, por apasionado que sea, podrá negar á Pimentel la primacía, ni discutir tampoco su competencia para escribirla, por su erudición, por su sentido crítico y por aquella idiosincracia suya que al principio calificamos de paciencia germánica, revelada en su laureada obra sobre las lenguas indígenas de México.

Cuando la Historia se publicó en su forma definitiva, aunque no fué objeto de un estudio serio y profundo, como lo merecía incuestionablemente, sí fué aplaudida por una parte de la prensa, y censurada, no criticada realmente, por la otra; ya que por crítica se debe entender la que analiza para elogiar lo bueno y marcar lo malo. No reproduciremos los conceptos encomiásticos que la obra mereció, por no alargar demasiado nuestro estudio; pero sí nos detendremos lo indispensable en lo que respecta á las censuras.

Un joven periodista sinaloense, arrebatado pre-

maturamente en 1891 al cariño de sus amigos y á le tras patrias de que él era cultor apasionado: D. Francisco Gómez Flores, fué quien se mostró más adverso á la *Historia crítica* de Pimentel. Gómez Flores, decímoslo sin empacho, poseía dotes que más ampliamente cultivadas habrían hecho de él si no un crítico de altos vuelos, sí, al menos, un humorista merecedor de aplausos, ó si se quiere un escritor satírico no nada despreciable. A las veces, brillaban en sus escritos,—fugaces páginas de periódicos políticos,—chispazos de ingenio que eran toda una promesa; mas ésta no llegó ¡ay! á cumplirse, por que la implacable segadora le hundió en la eterna noche, cuando las facultades que de la naturaleza había recibido aun no adquirían el vigor, el desarrollo, la madurez y el brillo, de los que el estudio y la experiencia son los dispensadores. En una colección de sus escritos, á la cual dió el título de: *Humorismo* y *Crítica*, (Mazatlán 1887,) figura un artículo en el cual se burla irrespetuosamente de Pimentel. Y decimos irrespetuosamente, porque digna era de respeto una personalidad que tan alto lugar ocupaba en las letras patrias, y que aun de pueblos extraños había recibido grandes testimonios de consideración.

Tan pronto como llegó el libro del Sr. Gómez Flores á manos del que esto escribe, que, de paso sea dicho, cultivaba relaciones amistosas con el autor, publicó, el primero una noticia bibliográfica, sin escatimar en ella los elogios que la obra merecía, considerada desde ciertos puntos de vista; pero refutándola en lo que á la *Historia* de Pimentel se refería. En la parte final de ese artículo resúmense así los cargos como la defensa, y no parecerá, por lo mismo, ociosa la reproducción de ese fragmento. Dice así:

«Ocupa las últimas páginas del libro del Sr. Gómez Flores un juicio acerca de la *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México*, de D. Francisco Pimentel, juicio en el que, permítanos su autor que así nos expresemos, no sólo incurre en varios errores, sino que se muestra sobradamente apasionado, y como tal, injusto.

«Reconoce el Sr. Gómez Flores que es de un inmenso valor para la bibliografía mexicana la obra del Sr. Pimentel, y á renglón seguido censura, sin la gravedad debida, que el autor hubiese incluido en su libro los nombres de poetas mediocres de quienes da muy breves noticias biográficas, sin fijarse al hacer este cargo, en que no sólo caben en una historia general las figuras culminantes sino también las secundarias, y con mucha mayor razón en la del Sr. Pimentel que es la primera que acerca de la literatura nacional se da á la estampa.

«Propúsose el Sr. Pimentel escribir no simples monografías sobre los principales poetas mexicanos, sino el nacimiento, desarrollo y estado actual de la poesía en México, y era, por lo mismo, no sólo necesario sino indispensable, acopiar cuantos datos existen sobre la materia, tanto es así, que el mismo Sr. Gómez Flores, como lo he hecho notar, concede á la obra que critica un *inmenso valor* para la bibliografía mexicana.

«Gran capítulo de acusación funda el Sr. Gómez Flores en el hecho de haber precedido su obra el Sr. Pimentel de ciertas noticias auto-biográficas. Esta es cuestión de pareceres. A mi juicio, un libro en que se da con toda verdad, razón del autor, sin apreciaciones, porque estas debe el lector hacerlas en vista de hechos comprobados, despierta desde sus primeras páginas el interés de los lectores, porque la

base de la estimación es el conocimiento de la persona y de sus antecedentes literarios.

«Cree el Sr. Gómez Flores que porque en esa autobiografía se habla de la noble ascendencia del Sr. Pimentel, este es un aristócrata envanecido de su prosapia, todo un señor feudal con los resabios y preocupaciones de la edad media, y en verdad que este es un error imperdonable en quien, como el Sr. Gómez Flores, ha residido en la capital de la República; pues si hay algo que reconozcan todos los escritores mexicanos, es lo avanzado de las ideas del Sr. Pimentel, en todos sentidos, y lo identificado que está por su profunda erudición, con las teorías y prácticas modernas. Lejos de desdeñar el trato de los que ocupan una posición social inferior á la suya, fraterniza con ellos y frecuenta las sociedades literarias en donde no se acata más supremacía que la del talento y la del saber; y por eso, no una, sino infinitas veces, su presencia en esas sociedades ha servido para vivificarlas con discusiones en sumo grado provechosas.

«Critica el Sr. Gómez Flores el prolijo examen que el Sr. Pimentel ha hecho de muchas de las poesías de nuestros antiguos poetas. Cierto es que pudo mostrarse más parco, menos nimio si se quiere; pero el hecho de haber anunciado desde la portada de su libro que iba á escribir una *historia crítica*, le disculpa en gran manera de la minuciosidad con que analiza las producciones de ciertos poetas, fijándose hasta en defectos meramente gramaticales.

«Extrema el Sr. Gómez Flores sus opiniones respecto á los poetas mexicanos de siglos anteriores y de principios del actual, hasta el grado de afirmar que no merecen el nombre de tales sino unos cuantos de las dos últimas generaciones. Como no dispongo del tiempo necesario para refutar con toda la extensión que el asunto demanda, esta opinión del autor de HUMORISMO y CRÍTICA, me concretaré á hacerle observar que sin gran esfuerzo de inteligencia se descubre en esa avanzada y errónea apreciación, que, más que el convencimiento, la ha dictado cierto espíritu de incondicional radicalismo de que se encuentra dominado.

«Bien hará el Sr. Gómez Flores, cuyo talento y cuya ilustración le colocan en lugar distinguido entre los escritores mexicanos de nuestros días, en no dejarse guiar por la pasión al juzgar las obras de aquellos á quienes con razón ó sin ella, reputa sus adversarios en ideas políticas ó filosóficas. Por lo demás, con toda sinceridad aplaudo y aun admiro su dedicación á un género literario que tantas desazones produce, como lo es el dificilísimo de la Crítica.»

El autor, por su parte, dejó pasar algunos años para impugnar las censuras de Gómez Flores pues hasta 1890 fué cuando en las páginas de una revista literaria[1] hubo de publicar su defensa, retardándola, según manifestó en sus líneas finales, porque esperaba que estuviese cercana la reedición de su obra, y más tarde, al hacerse dicha reimpresión reprodujo en ella la citada defensa. Nosotros, á fuer de imparciales y justicieros, no tenemos embarazo en declarar que el tono de ese escrito difiere mucho del que caracterizó siempre los suyos. No escasea los epítetos despectivos para Gómez Flores, emplea un estilo por extremo llano unas veces, virulento otras y acaba por recordar aquella sentencia de que «la honra literaria es una resultante del aplauso de los críticos y de la burla de los criticastros.» A esta im-

1 *Revista Nacional de Ciencias y Letras*, México 1890.

pugnación aludimos principalmente, cuando en la página XII de nuestro estudio apuntamos que Pimentel en los postreros años de su vida se mostró acerbo en aquellas de sus producciones destinadas á su propia defensa. Pero recuérdese que á esa observación siguió otra que señalaba la causa fisiológica de tal desviación.[1]

Otros escritores han dirigido posteriormente, al autor de la *Historia Crítica de la Poesía en México* parecidos cargos á los de Gómez Flores, aunque con gran comedimiento. Citaremos dos nada más, porque ellos resumen los de la mayor parte de los que han tratado de la misma obra.

En el discreto artículo necrológico publicado por *El Nacional* pocos días después del fallecimiento de Pimentel, se encuentra el siguiente párrafo.[2]

«Sin duda que, como crítico, no perteneció á la alta escuela de las grandes especulaciones, de las intuiciones sublimes, de las bastas síntesis y de las ojeadas comprensivas. No era Pimentel ni de poderosa frase ni de rasgos brillantes. Fijábase quizá demasiado en ápices y deteníase en pormenores; pero es de justicia decir que aun con respecto á pormenores y ápices, su doctrina era sólida, la lectura de sus escritos instructiva. De justicia es también decir que unas veces aparece demasiado sereno, como otras demasiado indulgente, y la mayor parte de sus juicios son magistrales y no pocos irrefutables y definitivos.»

1 Creemos que Pimentel habría hecho mejor en refutar á Gómez Flores con la misma serenidad con que refutó la absurda conseja divulgada por los que le disputaban la legitimidad del mejor de sus triunfos, atribuyendo al hallazgo de manuscritos del ilustre P. Nájera la composición del *Cuadro comparativo de las lenguas indígenas de México.*

2 *El Nacional.* 1894. Número correspondiente al día 6 de Enero.

No hace mucho tiempo que un literato de reconocido mérito, D. Manuel Sánchez Mármol, se expresó como sigue en una de sus mejores obras:

«D. Francisco Pimentel es autor de un grueso volumen intitulado *Historia Crítica de la Poesía en México*, afortunada muestra de su rica erudición en literatura, mas no adecuada á hacer aceptables sus doctrinas. Pimentel pecó por el rigorismo, por la nimia severidad, por un incondicional apego á las reglas, en las que cifraba todo el secreto del éxito de la poesía verificada. Maduro, docto, recto y honrado, faltole una sola condición para ser celebrado crítico en la materia que trató: faltole el sentimiento poético, lo que le incapacitaba para juzgar á los poetas, á quienes, antes que aplicarles el cartabón de la métrica hay que sentirlos. No es, por tanto extraño que Pimentel haya criticado con notoria acerbidad los poemas de D. Ignacio Ramírez, sin perdonar las de D. Manuel Acuña.[1]

Probemos á demostrar que los críticos del crítico no han estado del todo en lo justo, y que, á nuestro entender, no lo están porque no compenetraron la genésis de la obra que juzgan, mirando atentamente que los defectos que le atribuyen radican en el objeto que Pimentel se propuso al escribirla: dar una lección práctica de literatura nacional al historiar esa misma literatura, resumiendo, porque la crítica literaria así procede, todos los conocimientos generales y especiales del escritor que en ella se emplea, y apartando lo malo para corregir y evitar el mal ejemplo, reservando lo bueno, aprobándolo y señalándolo como digno de imitarse. Así lo declaró bien claramente en la introducción de la obra.

1 *Las letras patrias.* Monografía escrita para la obra «México.—Su evolución Social.—1902.»